

A Careta gentil, indiana Venus
 En cuya frente y ojos aparecen
 La modestia, el recato, el dulce fuego
 De una alma generosa a amar nacida,
 De un corazón al par alzado y bueno;
 Y entregándola a Vasco: «Ésta, le dice,
 Esposa fiel te seguirá, guerrero,
 Como rescate de su padre anciano
 Si aceptas mi amistad.» — «Aliado tengo,
 Que no cautivo en ti,» Vasco responde,
 Y la callosa mano estrecha al viejo.

V

Para sellar las ajustadas paces
 Salen juntos en armas sobre Ponca,
 Mandarín belicoso, y a Comagra
 Visitan que es amigo del de Coyba.
 Regía el tal Comagra ancha llanura
 A cuya extremidad se alza orgullosa
 En el Darién la principal montaña
 Señoreando la comarca toda.
 El cacique con siete de sus hijos,
 El mayor de los cuales casi asombra
 Por su audacia y despejo, a los aliados
 Sale a encontrar con la posible pompa.
 Los lleva a su mansión, vasto edificio
 Que labradas maderas ricas forman

Con bajos y altos, y en redor un muro
 De piedra azul protege. Inmensa copia
 De la carne de ciervo al humo puesta,
 Yuca, maíz, bebidas espumosas
 De los jugos de palmas y raíces
 En unas piezas vieron: hay en otras
 De los antepasados de Comagra
 Los suspensos cadáveres ya momias.
 El cacique y sus hijos al hispano
 Obsequian a porfía: polvo y joyas
 De oro le dan, y a los soldados cede
 Cuanto del apartado quinto sobra.
 Gárrula vil cuestión trabaron ellos
 Sobre peso y valor, y aquesto enoja
 Al mayor de los hijos de Comagra
 Que al reparto asistió: con mano pronta
 Da un golpe a la balanza, y esparcidos
 Por mesa y piso van polvos y joyas.
 «Si tras esto venís, dice irritado,
 No así riñáis ¡oh gente codiciosa!
 Mostraros hé comarcas no lejanas
 En que abunda el metal que os enamora.
 De esa montaña altiva al lado opuesto
 Hay un extenso mar de azules ondas
 Que del árida cumbre a ver se alcanza,
 Y al que los ríos en arenas rojas
 Más oro llevarán que plomo y hierro
 En sus entrañas guarde España toda.»
 Escúchale asombrado Vasco Núñez,
 Se le acerca afanoso, le interroga

Y noticias le arranca una tras una,
 Largo espacio pendiente de su boca.
 El mar existe allí: para tocarle,
 Para llegar a la anhelada costa
 Hay que cruzar los Andes, hay que abrirse
 Paso al través de abetos y de rocas,
 Hay que lidiar con el feroz caníbal
 Y afrontar el rigor de ardiente zona.
 ¿A las almas templadas en el fuego
 De fe y valor, fatiga tal qué importa?
 Más allá de los montes y peligros
 Están con ese mar riqueza y gloria.

VI

A acompañarle el joven se le ofrece
 Franco y leal con escogida tropa
 De los súbditos fieles de su padre:
 Vasco la oferta admite; a Darién torna;
 Mas, antes, que Comagra y su familia
 El agua bautismal reciban, logra.
 Reprime en la ciudad nuevas revueltas,
 Gente y víveres mándale Española,
 Y escogiendo a noventa aventureros
 Sanos y de valor, si de faz torva,
 Y juntando a los perros en trailla,
 Apresta un bergantín, nueve canoas,

Se embarca audaz al empezar septiembre,
 Navega al Noroeste y vuelve a Coyba.
 Dáale el cacique guías y guerreros;
 Deja allí con sus naves gente poca
 De la europea; cántase la misa;
 Pide la hueste en oración devota
 Buen éxito, y se lanza a las montañas
 En marchas disiguales y penosas.
 Rápida y tierna fué la despedida
 De Vasco y de Careta, quien se arroja
 En los brazos del Jefe. Garabito
 Pérfido inútilmente la enamora;
 Núñez lo advierte y le amenaza airado,
 Y él vengar se promete su deshonra.

Van al través de bosques y malezas,
 Y el pueblo al invadir que rige Ponca,
 Huye éste con sus hijos; mas le traen
 De Vasco a la presencia: allí, trás corta
 Plática en que benévolo el hispano
 Afecto y voluntad al indio roba,
 Le confirma el cacique la existencia
 Del mar, y gente y víveres le apronta.
 Mas ¡ay! cuánto de afán y pena y lucha
 Les reserva su empresa! Aterradoras
 Les opone el salvaje sus guerrillas,
 Su limo apresador lagunas hondas,
 Sus intrincadas lianas y bejucos
 Y serpientes las selvas; sus copiosas
 Aguas los roncós ríos que atraviesan

En toscas balsas, faltos de canoas;
 Sus tormentos el hambre y sed más tarde,
 Los peñascos sus crestas cortadoras,
 La noche sus escarchas que entumescen,
 Su rayo a plomo el sol. Unos se ahogan
 De la ardiente armadura bajo el peso;
 Otros, presa de fiebres perniciosas,
 Abandonados son; mas la columna,
 El puñado de gente a quien no doma
 Naturaleza agreste en sus dominios,
 Siguiendo a Vasco Núñez de Balboa,
 A la postrer meseta llega al cabo;
 De la cumbre final queda a la sombra.

VII

¡Siglo admirable en fe, vigor y arrojo!
 ¡Siglo a la España de Isabel propicio!
 Si triunfante la Cruz brilla en Granada,
 El ibero no cabe en sus dominios.
 En carabela frágil sale en busca
 De otro mundo que en sueños ha entrevisto:
 Las tempestades lánzanle a sus playas
 Do no le asusta sed, hambre o martirio;
 Do su fuerza en eterna lid no agota;
 Do a veces inhumano, a veces pío,
 Con la espada y la Cruz venciendo siempre,
 A su afán de riqueza inmola al indio,

Explora tierra y mar, funda ciudades,
 Y desde el Bravo helado al Hornos ígneo
 Congrega tribus, pueblos y naciones
 Bajo una sola fe y un cetro mismo.
 Siglo de cuya mezcla de oro y cieno,
 De codicia y valor, sombras y brillo,
 Cienos y sombras guardando y agotados
 Valor y fe, se burla nuestro siglo!
 Si éste, con el esfuerzo de los otros,
 En medios poderoso, en ciencia rico,
 Hondas simas salvando, hendiendo cumbres,
 Talando selvas, subyugando ríos,
 A la virgen América ya oprime
 La cintura gentil, de gracias nido,
 En ceñidor de hierro que, rivales
 En poder y extensión, riqueza y brío,
 Besa desde Colón rudo el Atlántico
 Y desde Panamá besa el Pacífico;
 Si aquesto la orgullosa edad presente
 Con los tesoros de las otras hizo,
 Qué su empresa valdrá junto a la empresa
 Que entusiasmado canto en pobre ritmo?

VIII

Allí está Vasco Núñez, si al cansancio
 Y al sueño el cuerpo lánguido rendido,
 Firmes velando el alma y la memoria

Que sucesos repasan peregrinos.
 Cuando la blanca luz del alba tiñe
 Con claridad incierta el agrio pico
 A cuyo pie acampó, despierta al Jefe
 Su perro vigilante, Leoncillo,
 En marchas y combates compañero,
 Batallador infatigable él mismo,
 Y en cuya piel, que es de oro y azabache,
 Rastro dejó la flecha de los indios.
 En pie está Vasco.—«¡Sús! ¡La gente arriba!»
 Grita con voz sonora. «Al rayo limpio
 Del sol que va a nacer, a nuestros ojos
 Ha de mostrarse el piélago no visto.»
 Y trepando por rocas aceradas
 Con manos y con pies, sobre el abismo
 De peñas y de bosques en que muge
 El viento matinal entre los pinos;
 Bañadas en sudor las rojas frentes,
 Sin aliento los pechos no vencidos,
 Vertiendo sangre las heridas manos
 Que se adhieren cual pulpos a los riscos,
 Palpa la turba el árida eminencia,
 Y de victoria y júbilo da un grito
 Que hace al cóndor tender sus grandes alas
 Por el espacio, abandonando el nido.

IX

Vasco Núñez allí sube el primero,
 Y alto junto a la roca hace su gente:
 Se le anublan los ojos al guerrero,
 Casi le ahoga la emoción que siente.

Del sol al rayo en el ambiente puro
 Sólo de oro y azul ve espacio inmenso;
 Luego a sus pies el peñascal obscuro,
 De abetos más allá círculo denso;

Verdes llanuras, cándidos palmares,
 El lago inmóvil, el undoso río;
 El humo que corona los hogares
 En uno y otro indiano caserío.

Y más allá y al fin. . . ¡Dios poderoso!
 Vasta pella de plata que se funde
 Al sol y con el cielo esplendoroso
 En lejano horizonte se confunde;

Piélago nunca visto, cuyas ondas
 No agotará la sed de las edades
 Del universo; en cuyas grutas hondas
 Duermen quietas las roncas tempestades;